

María Eugenia Rojas de Moreno, *Rojas Pinilla mi padre*, Panamericana Formas e Impresos, Bogotá, 2000, 500 pp.

Jorge Serpa Erazo, *Rojas Pinilla. Una historia del siglo XX*, Planeta Colombiana, Bogotá, 1999, 537 pp.

Antonio Montaña, *Los días del miedo*, Intermedio Editores, Bogotá, 2000, 432 pp.

María Eugenia Rojas de Moreno, hija de Gustavo Rojas Pinilla presidente de la República entre 1953 y 1957, ha publicado una biografía titulada *Rojas Pinilla mi padre*. La autora se remonta a los ancestros de Rojas Pinilla, su nacimiento en Tunja en el seno de una familia acomodada en 1900 y su infancia. Después de repasar la formación de Rojas Pinilla como militar e ingeniero, su papel como jefe de la Oficina de Construcciones Aeronáuticas y como director del Departamento de Aeronáutica Civil, María Eugenia presenta su interpretación del golpe de Estado del 13 de junio de 1953 cuando su padre asumió la Presidencia de la República. La misma autora jugó un papel muy importante en el gobierno de Rojas Pinilla ya que en 1954 fue designada como directora de SENDAS, la Secretaría de Acción Social y Protección a la Infancia y el Servicio Cívico Social Femenino.

El libro presenta algunos datos interesantes sobre el transcurrir del gobierno de Rojas Pinilla como el tema de la amnistía y el indulto para los guerrilleros liberales en los Llanos Orientales. La autora señala que, a pesar de la decidida presión de los empresarios, el gobierno de Rojas Pinilla aumentó los impuestos para financiar los programas de pacificación del país y para estimular los ambiciosos proyectos de obras públicas de su padre. Tendríamos que anotar que el plan de obras públicas venía desde la presidencia de Laureano Gómez y fue financiado, en buena parte, con los préstamos del Banco Mundial después de que Gómez aceptase implementar las reformas sugeridas por dicha institución a través de la misión encabezada por Lauchlin Currie.

María Eugenia cubre los sangrientos hechos del 8 y el 9 de junio de 1954 cuando varios estudiantes universitarios fueron asesinados por las Fuerzas Armadas. Menciona la hipocresía de los directorios liberal y conservador que apoyaron a Rojas Pinilla durante esos días para sacarle en cara esos mismos acontecimientos años después, especialmente durante la campaña presidencial de 1970.

Los conflictos de Rojas Pinilla con los políticos civiles se agudizaron con el cierre del periódico *El Tiempo* en 1955 y con la censura de prensa en general. En un ejercicio de retórica, María Eugenia justifica la censura de prensa y escribe,

“Casi siempre los periódicos expresan la voluntad y el sentir de su propietario y no la opinión amplia de los lectores. Es una verdad por todos conocida. Por eso hablar de libertad de prensa en términos generales se torna en un hermoso principio; pero identificar a quien pertenecen las tesis sostenidas por el medio publicitario es una cosa bien distinta, que no siempre enmarca el sentir popular.

Cuando los gobiernos violentan los principios institucionales recogidos por un órgano de difusión atentan contra los aspectos fundamentales de la democracia; pero cuando discrepan de la actitud o la opinión del propietario o del director del medio no se puede decir que estén atentando contra la libertad de prensa sino simplemente que no existen coincidencias entre el gobernante y el dueño del periódico¹.

La autora afirma que su padre dejó el poder el 10 de mayo de 1957 para evitar el derramamiento de sangre ya que, según ella, la oposición estaba bajo control. Y concluye, «Mi padre se fue porque le dio la gana, por voluntad propia, por decisión propia»². En este punto también estamos en desacuerdo; Rojas Pinilla renunció a la presidencia debido a la tremenda presión de las elites políticas y empresariales que no aceptaron ninguna otra solución sino la salida del general del poder.

María Eugenia señala que durante el gobierno de Rojas Pinilla no hubo devaluaciones y el dólar se mantuvo al cambio de 2,50 pesos. Notaríamos que, si bien es cierto que el cambio oficial se mantuvo estable y Rojas rehusó devaluar a pesar de la presión del Fondo Monetario Internacional, había múltiples tasas de cambio y el dólar en el mercado paralelo llegó a cotizarse a casi tres veces la tasa oficial.

Después de criticar a la Junta Militar que reemplazó a su padre y que, según ella, se entregó totalmente a «las oligarquías» (y es cierto que la Junta tenía muy poca autonomía), la autora narra los eventos del 2 de mayo de 1958 y el intento fallido de golpe militar para traer a Rojas Pinilla al país nuevamente. Este intento de golpe fue coordinado por el mismo Rojas Pinilla y por María Eugenia.

Una parte considerable del libro discute el juicio político a Rojas Pinilla ante el Senado en 1959. La autora presenta argumentos jurídicos e intenta demostrar la inocencia de su padre quien finalmente fue absuelto por la Corte Suprema de Justicia tiempo después y por el mismo Senado en 1970.

María Eugenia recuerda la persecución oficial y las campañas de descrédito contra Rojas Pinilla y sus allegados durante los años 60. Narra los pormenores de la campaña presidencial de 1970, así como la participación del mismo presidente Carlos Lleras Restrepo en defensa del candidato Misael Pastrana Borrero quien fue el ganador en una oscura elección el 19 de abril de ese año. La autora subraya cómo el gobierno clausuró las emisoras radiales y los noticieros amigos de la candidatura presidencial del exgeneral.

Los últimos capítulos relatan la fundación de la Alianza Nacional Popular (ANAPO) como partido político en 1971, la elección presidencial de 1974 en la cual María Eugenia fue candidata, y la muerte de Rojas Pinilla en 1975.

A través del libro la autora defiende la obra de su padre de los ataques de los que ella califica como «detractores», «malquerientes» y «gacetilleros». En el libro hay elogios para las acciones de los políticos amigos de la autora y permanentes dardos a aquéllos que no son de sus simpatías. Además, hay eventos muy importantes de la trayectoria pública de Rojas Pinilla que la autora ignora. Por ejemplo, minimiza el

¹ Rojas de Moreno. 223-224.

² Rojas de Moreno. 245.

papel represivo de Rojas Pinilla en Cali y en el Valle del Cauca durante El Bogotazo cuando éste era comandante de la Tercera Brigada. Tampoco analiza la relación de Rojas Pinilla con León María Lozano, «El Cóndor», jefe de los sicarios conservadores conocidos como «pájaros» en la década de los años 50. Y no entra en detalles en el tema del bombardeo con napalm contra los campesinos en Villarrica, Tolima, en 1955. Desafortunadamente tampoco hay ninguna referencia al importante trabajo de Silvia Galvis y Alberto Donadío que, así sea una obra de sabor periodístico, hace muy importantes aportes al desenterrar valiosa información en archivos colombianos y extranjeros sobre la vida y gobierno de Rojas Pinilla³.

La autora utiliza esporádicamente documentos del archivo familiar los cuales no referencia correctamente. Además, no utiliza otros archivos públicos o privados. Pero, a pesar de las limitaciones políticas y metodológicas de este trabajo, es importante tener este tipo de testimonios de las personas más cercanas a las principales figuras políticas del país durante el siglo XX⁴.

* * *

Un punto central del libro de Jorge Serpa Erazo (*Rojas Pinilla. Una historia del siglo XX*) es evaluar si el gobierno de Rojas Pinilla fue una dictadura o no. Escribe Serpa Erazo: «Sobre el gobierno del general Rojas hay diferentes opiniones: unos lo acusan de dictador y arbitrario... Pero todos están de acuerdo en la transformación del país, guiado por principios altruistas de lo que él, autoritariamente, consideró progreso y desarrollo, y en ese aspecto acertó [...] Con su característica capacidad para ejercer el poder, muy pocos actos de su gobierno pueden ser considerados como dictatoriales [...] Rojas no gobernó bajo un régimen de terror»⁵.

Es cierto que Rojas Pinilla heredó un sistema dictatorial de los gobiernos conservadores (sistema que él mismo ayudó a construir desde el gobierno de su padrino político Mariano Ospina Pérez). Pero Rojas Pinilla fue un dictador militar que no vaciló en enviar tanques y aviones, y miles de soldados a reprimir los movimientos campesinos del centro del país. Además, censuró la prensa opuesta a su gobierno, persiguió a la izquierda, utilizó los medios de información del Estado para tratar de crear un culto a la personalidad en torno a la figura del Presidente de la República, y las Fuerzas Armadas bajo su mando no vacilaron en utilizar la fuerza para reprimir cualquier tipo de oposición en las ciudades.

³ Ver Silvia Galvis y Alberto Donadío. *El Jefe Supremo. Rojas Pinilla en la Violencia y el poder*, Planeta Colombiana (Bogotá, 1988).

⁴ Para ejemplos recientes de este tipo de testimonios, que por supuesto deben ser considerados como tales y no como trabajos académicos, ver Gloria Gaitán Jaramillo. *Bolívar tuvo un caballo blanco, mi papá un Buick*. Colparticipar (Bogotá 1998); María Clara Ospina. *Doña Berta*. Espasa. (Bogotá 1998); Arturo Abella. *Laureano Gómez*. Espasa. (Bogotá 2000).

⁵ Jorge Erazo Serpa. *Rojas Pinilla. Una historia del siglo XX*. Carlos Lemmos Simmonds, prologuista de esta obra, formula consideraciones similares. 241-247.

Por supuesto si comparamos las acciones represivas del gobierno de Rojas Pinilla y de otros gobiernos militares latinoamericanos en los años 50 con los gobiernos castrenses en el continente durante los años 70, los primeros salen relativamente bien librados. Pero hay que tener en cuenta que las dictaduras del segundo período mencionado se dieron en el marco de la así llamada Doctrina de Seguridad Nacional en la que los gobiernos militares procedieron sistemáticamente a eliminar – literalmente- a la oposición real e imaginada.

Volviendo al trabajo de Serpa Erazo, el autor estudia la prensa periódica y hace algunas entrevistas interesantes como, por ejemplo, las realizadas a varios de los militares cercanos a Rojas Pinilla. Pero desafortunadamente no hay ningún trabajo de archivos. Además, su cubrimiento de la literatura secundaria deja mucho que desear: no hay ninguna discusión comparada sobre el fenómeno del populismo en América Latina, no cubre la mayoría de la literatura académica pertinente sobre la misma Colombia, e incluso deja a un lado valiosas obras testimoniales sobre los eventos que se discuten. Y aunque tenemos que reconocer que la obra está generalmente escrita en una prosa ágil y agradable, esperaríamos más información novedosa en un trabajo que, como éste, supera las 500 páginas.

* * *

El 29 de enero de 1956, el político liberal Alberto Lleras Camargo y el periodista Roberto García Peña fueron aclamados cuando entran a la Plaza de Toros de Santamaría en Bogotá. Cuando hicieron su entrada, María Eugenia Rojas, su esposa Samuel Moreno Díaz y Carlos Villaveces, ministro de Hacienda de Rojas Pinilla, los espectadores lanzaron gritos contra el gobierno. Una semana después, el 5 de febrero, y en el mismo escenario, el gobierno ordenó a policías vestidos de civil y a otros empleados oficiales que asistieran a la corrida programada para ese día. Los policías y los empleados oficiales lanzaron vivas al gobierno y golpearon brutalmente a innumerables espectadores que no se unieron a sus celebraciones.

La novela de Antonio Montaña, *Los días del miedo*, parte de los eventos en la Plaza de Toros como fondo de la trama de la obra. Como historiadores no nos corresponde analizar el valor literario de la novela; simplemente nos limitamos a resaltar que, mal que bien, la obra recrea el clima político de la época e ilustra sobre la severa censura de prensa después de la sangrienta golpiza para que no se informase al país y al mundo sobre la violencia oficial. Incluso se señala cómo se presionó a los periodistas para que no enviaran despachos a través de las agencias internacionales, como en efecto sucedió⁶.

En la novela, el gobierno culpa del «invento» de la Plaza de Toros a «un grupo político de conocida filiación internacional» pagado «por el oro de potencias extranjeras enemigas de la democracia y la libertad». El ministro del Interior declara

⁶ Para una confirmación de lo anterior, ver Carlos J. Villar Borda, “El atropello de la Dictadura en la Plaza de Toros de Santamaría”, en Rogelio Echavarría, compilador. *Selecciones de Sucesos*, Panamericana Editorial. (Bogotá 1998).

que «se trata de un complot comunista para desacreditar al país internacionalmente». Y el director del organismo de seguridad del Estado le recuerda a sus subalternos que «La orden era golpear, no matar... El presidente [sólo] quería un escarmiento».

Volviendo a los hechos reales, la embajada norteamericana informó a su gobierno que había habido nueve muertos en la Plaza de Toros. El corresponsal de la UPI, señaló algunos meses después que algunos de los heridos habían sido incapacitados de por vida, uno quedó paralizado y otros perdieron sus ojos como resultado de los golpes con manoplas propinados por los matones oficiales. María Eugenia Rojas señala que «sólo» hubo un muerto. Pero independientemente del número de muertos y heridos, el efecto psicológico y político de la represión fue evidente y, como tal, es capturado en la novela de Montaña⁷.

Eduardo Sáenz Rovner

Universidad Nacional de Colombia

⁷Para un debate reciente en torno a la novela de Montaña y los hechos sucedidos en la Plaza de Toros de Santamaría, ver “Antonio Montaña responde a María Eugenia Rojas. Dos corridas muy distintas. El novelista de *Los días del miedo* responde a la hija del general Rojas sobre los hechos en la Santamaría durante el gobierno militar”, *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, (Mayo 14 de 2000). 4; “Testigos de la corrida. Con otros nombres, testimonios sobre los hechos del 56”, *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, (Mayo 14 de 2000). 5; María Eugenia Rojas, “Respuesta a A. Montaña”, *Lecturas Dominicales, El Tiempo*. (Junio 11 de 2000). 8.